



La biotecnología como cuestión política

Dr. Manuel Jesús López Baroni, profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad Pablo de Olavide y coordinador del Máster en Bioética y Derecho de la UB.

Probablemente asistamos en los próximos años al nacimiento de seres humanos cuya dotación genética ha sido modificada en un laboratorio. Al principio se justificará por motivos terapéuticos o preventivos, pero poco después los límites los fijará el mercado. Lo sucedido recientemente en China, donde al parecer han nacido dos niñas con modificaciones efectuadas mediante la novedosa técnica de edición genómica CRISPR, es solo un aviso. Los interrogantes son abrumadores.

Evitar el cambio climático es como luchar contra la rotación de la Tierra, algo absurdo. Como mucho, podemos tratar de evitar que el clima cambie como consecuencia de nuestra actividad industrial. Aunque parece obvio, para mucha gente no lo es. Algo análogo sucede con la biotecnología, disciplina contra la que se alzan numerosas voces sin pararse a reflexionar sobre la necesidad de deslindar los elementos estrictamente científicos de los ideológicos. Casi nadie se ha parado a pensar que, en puridad, los seres humanos somos organismos modificados genéticamente. En concreto, simios. En efecto, mediante selección natural se generaron de forma aleatoria las mutaciones que han conducido a nuestra especie. Para ser más exactos, somos incluso *transgénicos*. En 2010, el genetista sueco Päävo demostró que los no africanos contamos en nuestro acervo genético con genes procedentes de los neandertales. Por ello, luchar contra los OMGs y los transgénicos es como tratar de detener la rotación de la Tierra.

Los perros o el maíz son buenos ejemplos de la confusión que genera la distinción entre lo “natural” y lo “cultural”. Ambos son creaciones humanas. La naturaleza no crea *entes* como los perros chihuahua o salchicha (porque se los hubiesen comido). Nuestros antepasados, mediante cruce y selección, lograron modificar la dotación genética de una especie de lobo ya extinta. De ese experimento surgieron los perros. Algo parecido sucedió con el maíz, fruto de la activación de cinco genes del teosinte, planta americana casi incomedible.¹ Resulta indiferente que quienes consiguieron estos logros, vitales la supervivencia de sus respectivas comunidades, no supiesen qué eran los genes o las células. Por ello, pensar en la naturaleza como algo separado a la especie humana, esto es, como una entidad sobre la que es posible no interferir, modificar o alterar, presupone una

¹ KATO YAMAKAKE, Takeo Ángel: “¿Cómo y dónde se originó el maíz?” *Investigación y Ciencia*, nº 347, 2005.



ingenuidad enorme; y luchar contra el capitalismo tirando piedras contra la biotecnología es como tratar de juzgar a los descendientes de quienes modificaron los lobos y el teosinte por ecocidas.

Por otra parte, a la hora de tratar de predecir qué puede suceder si aplicamos las modernas técnicas de edición genómica a los seres humanos, hemos de tener en cuenta varias perspectivas ideológicas. En primer lugar, el creacionismo fuerte, asentado férreamente en Estados Unidos, pero con pretensiones expansivas, rechaza el darwinismo, por lo que no resulta posible diálogo alguno. En segundo lugar, los creyentes suelen practicar una forma de creacionismo débil, esto es, aceptan el darwinismo pero piensan que es Dios quien ha puesto en marcha el mecano. Esta creencia, en la que participan algunos de los mejores genetistas o biólogos contemporáneos, presupone implícita o tácitamente que, puesto que los seres humanos somos una creación divina, carecemos del poder suficiente para alterar el curso de los acontecimientos en el planeta. Esta infravaloración de nuestra tecnología, y/o temeridad, no permite calibrar la relevancia de lo que puede suceder en las próximas décadas. En tercer lugar, quienes se mueven en la órbita de la izquierda sobrestiman la relevancia de lo cultural y subestiman la importancia de lo genético. Su enemigo es el capitalismo, al que tratan de destruir o de humanizar. Por ello, tampoco terminan de comprender las implicaciones de la edición genómica aplicada a los seres humanos. En cuarto lugar, hay un batiburrillo de corrientes que por un motivo u otro (los amantes de las terapias alternativas, por su esoterismo; los ecologistas, por creer que es posible, y legítimo, frenar la biotecnología; el ecofeminismo, porque idealiza la naturaleza, etc.) no resultan interlocutores válidos a la hora de mantener un diálogo sereno sobre esta temática. La suma de todas estas perspectivas ideológicas, más la errónea distinción entre lo “natural” y lo “cultural”, ya comentada, genera como resultado que no exista una regulación internacional sobre una cuestión tan vital para nuestra especie. Y peor aún, que no la habrá. De ahí que la iniciativa se haya cedido a las fuerzas del mercado.

En efecto, quienes han comprendido perfectamente lo que está sucediendo es el paradigma neoliberal. De hecho, la biotecnología se rige en estos momentos, a escala internacional, por la ley de la oferta y la demanda, con el único límite del estado del conocimiento científico. Si China logra modificar genéticamente a los seres humanos, sus principales clientes serán las clases pudientes occidentales (algo análogo a como sucede con la maternidad subrogada, cuya prohibición en occidente desplaza el mercado al sudeste asiático).



Por último la despiadada comercialización del cuerpo humano que recién ha comenzado halla un terreno fértil en la dubitativa normativa internacional. Así, el Convenio Europeo de Bioética, que pertenece al Consejo de Europa, no lo ha firmado casi nadie; la Carta Europea de Derechos Humanos, de la Unión Europea, prohíbe la eugenesia, prohibición tan genérica e imprecisa que no sirve para nada; UNESCO ha dictado dos Declaraciones sobre genética, que obviamente solo tienen valor simbólico; Estados Unidos ni siquiera dispone de una prohibición federal para evitar la modificación de la línea germinal humana; y China libra una particular guerra fría con los norteamericanos en biotecnología e inteligencia artificial, con lo que de ninguna manera ralentizará ni consensuará los avances.

¿Qué puede suceder si no logramos encauzar adecuadamente los avances? Hasta el momento, nuestra dotación genética ha sido el producto del azar (el cruce entre el padre y la madre genera mutaciones que no podemos controlar), y nuestra unidad como especie asegura que las diferencias grupales sean sociales, económicas o políticas, pero no biológicas. Pues bien, si la dotación genética se modifica en un laboratorio, el resultado solo puede ser un fraccionamiento de la especie humana en varios linajes y, quién sabe, quizá incluso en varias especies. Si esto finalmente sucede, las consecuencias son impredecibles.

En conclusión, la biotecnología debe alcanzar el estatuto de bien de primera necesidad, como sucedió en su momento con la educación o con la sanidad, de forma que sea el sector público quien lidere y regule sus frutos. Dado que los riesgos los vamos a correr todos, qué menos que tratemos de colectivizar los beneficios.